

II.

Pisa.

Cuando entramos en la ciudad estaba diluviando.

Pisa es uno de los puntos mas lluviosos de la tierra:—ciento veinte dias al año por término medio.

Las calles, rectas y anchas, estaban desiertas y silenciosas.

Nosotros nos hicimos conducir al *Hotel Poverada*, situado á la orilla derecha del caudaloso *Arno*.

Este célebre rio, tan cantado por los poetas, parte en dos mitades la ciudad, y tiene alguna semejanza con el *Canal Grande* de Venecia.

La diferencia consiste en que los edificios que se miran en el Arno no son tan bellos como los de la reina del Adriático, y en que entre las casas y el rio de Pisa hay dos anchos y no interrumpidos muelles. Pero la amplitud de la corriente canalizada, la curva que forma, la serenidad de sus cristales, la escasez de puentes, la multitud de barcos que cruzan de un lado á otro y hasta la circunstancia de haber habitado tambien lord Byron en uno de los palacios que dan frente á las aguas, traen á la imaginacion el plácido recuerdo del bellissimo canal veneciano.

Esperando á que cesase ó se mitigase la lluvia, pasamos la tarde sin salir del hotel.

Una de las veces que nos asomamos al balcón á consultar el cielo, reparamos en un gentío inmenso que se habia acumulado en la puerta de mas abajo, como suele decirse, ó sea á la puerta del *Hotel Vittoria*.

Poco despues llegó un batallón de milicia nacional, precedido de una banda de música que tocaba una marcha fúnebre.

En seguida acudieron corporaciones con hachas encendidas, muchos carruajes, y clérigos, y cruces, y estandartes.

Indudablemente era un entierro...

Pero ¿quién, tan importante, habia muerto en el *Hotel Vittoria*?

En el *Hotel Vittoria* habia muerto ocho dias antes el príncipe de Siracusa, hermano del Fernando II y tío del actual rey de Nápoles, ó sea del defensor de Gaeta.

Esta noticia la habia yo leído en Turin, no imaginando ni remotamente que presenciaria el entierro de S. A. R. al cabo de tantos dias y tantas leguas.

El cadáver del príncipe habia permanecido espuesto en el hotel aquellos ocho dias, despues de haber sido embalsamado, esperando á que dispusiese de él la familia real de Nápoles; pero como esta no resolviese nada, y el hostelero se quejase de los perjuicios que le traia á su establecimiento la honra de aposentar al augusto finado, las autoridades de Pisa habian convenido en trasladarlo... nosotros entendimos que á una iglesia, desde donde seria conducido definitiva-

mente al lugar que determinase S. A. el príncipe de Carignan, cuñado del difunto, hermano de Victor Manuel y *Luogo-tenente* general de la Toscana.

La esplicacion de tan raras exequias se alcanza fácilmente. El príncipe de Siracusa ha representado en Nápoles, á la muerte de Fernando II, el mismo papel que representó en España el infante don Carlos á la muerte de Fernando VII, con la sola diferencia de que el pretendiente napolitano ha enarbolado la bandera liberal para disputar la corona á su sobrino.—Supongo que conocéis sus famosos escritos de estos últimos tiempos.—Ahora bien, como este Borbon ha sido liberal, la Toscana, ó sea la Italia, se ha creído en la precision de hacerle funerales, mientras que el sitiado de Gaeta, fundándose en la mismísima razon, no se ha dado por entendido de que tal hombre fuera hermano de su padre.

Como quiera que sea, el entierro pasó por debajo de nuestros balcones, siguiendo por la orilla del rio, en cuyas aguas se reflejaban tristemente las fúnebres antorchas. La lluvia, las armonias de la banda militar, el canto de los clérigos, el caudaloso Arno, la silenciosa muchedumbre que coronaba los muelles, la tenebrosa noche, y el acontecer todo esto en una ciudad tan romántica y lúgubre como Pisa, daban á aquel espectáculo una poesia melodramática digna por cierto de la Grande-ópera.

Muy entrada ya la noche, cesó la lluvia, lo cual nos animó á ir al teatro.

El *Real Teatro de Pisa*, alumbrado con aceite, es tan malo como barato. La compañía nos pareció regular, acaso porque hablaba un riquísimo italiano, como solo se oye en la Toscana. La comedia era detestable, á pesar de su correcto y elegante estilo. El público se componia de jóvenes imberbes, entre los que se veían algunos garibaldinos.

Aquellos mozaletes ocupaban todos los palcos, en los que fumaban y comian que era un contento.—¡Ni una mujer por ningun lado!—El teatro, mas que un templo del arte, parecia una de esas tabernas en que la juventud vieiosa se reune á hacer gala de su pésima educacion ó de su desenfrenado cinismo.

¡Y qué propio de ilustres ciudades arruinadas es un semejante estado moral de la clase media! ¡Cuánta gracia y cuanto talento, y cuánta corrupcion y vileza á un tiempo mismo, revelaban las bufonadas soeces de aquellos holgazanes!—Ellos aplaudian á los actores segun iban saliendo, y los silbaban segun se iban marchando: ellos ofendian con sus demostraciones á las famélicas actrices: ellos buscaban en la comedia ocasion de lanzar ingeniosos epigramas contra la Francia, que los ha libertado de la tiranía: ellos interrumpian la representacion con discursos que hubieran sido donosos si no hubieran sido obscenos: ellos, en fin, me confirmaron en una idea que ya me habia ocurrido por la mañana al desembarcar en Liorna, á saber: que la Italia es mas y mas vieja y espermentada, mas y mas pobre de virtud y energía, mas y mas rica de genio y hermosura, mas y mas corrompida y miserable, á medida que se avanza en ella hácia el Sur, á medida que se aleja uno de los Alpes, á medida que se acerca á... Grecia.



El Palacio Viejo de Florencia.

Esta proposición no la consigno todavía sino como una mera sospecha.

Ya juzgaremos al final de la jornada.

A la mañana siguiente me levanté muy temprano y salí á visitar los famosísimos monumentos de Pisa.



Liorna.

El día había amanecido sereno, puro, radiante. El cielo y el Arno ostentaban un azul vivísimo, que me recordó las primaveras de Andalucía. Los árboles de los jardines, bañados el día anterior por la lluvia, estaban verdes, limpios, rutilantes como en marzo, cuando empiezan á desplegar sus hojas nuevas. El sol ardía en el horizonte tan fúlgido y alegre cual si en vez de vibrar sus rayos desde

el trópico de Capricornio, avanzase por la eclíptica hácia el trópico de Cáncer. —¿Qué mas? Las friolegas moscas revolaban gozosamente en la templada atmósfera, olvidadas sin duda de que ya estábamos á doce de diciembre.

—¡Hermoso día para los tísicos! exclamé yo pensando en las inglesas que tanto había compadecido la víspera.

Antes de dirigirme á la célebre *Plaza de la Catedral*, en que están reunidos los cuatro grandes monumentos de Pisa, recorrí toda la ciudad, entrando en algunas iglesias, de las que solamente recuerdo á *Santa María de la Espina*, donde vi algunas hermosas estatuas del ilustre Juan de Pisa; á *San Nicolás*, cuyo campanario, obra del mismo autor, está ligeramente inclinado; pero del que no debemos ocuparnos cuando tenemos que ver el maravilloso *Campanile del Duomo*; á *San Miguel*, cuya fachada de galerías de arcos, levantadas unas sobre otras, empezó á iniciarme en el secreto de la originalísima arquitectura pisana, fusion del estilo bizantino con el gusto greco-romano y primer paso del Renacimiento; y por último, á *San Pablo*, notable en el mismo sentido, y además por el lujo y la elegancia de su interior.

También saludé al paso la antiquísima y renombrada *Universidad*, llamada *Sapienza* (sabiduría), fundación del siglo XII, construcción del siglo XV, y donde el insigne *Galileo*, hijo de Pisa como todo el mundo sabe, esplicaba matemáticas en 1592, cuando principiaron á acusarle en nombre de la ciencia, como después le acusaron en nombre de la religión.

Pisa, la patria de tantos grandes escultores y arquitectos, ha sido estéril en afamados pintores: así es que la *Academia de Bellas-Artes* solo encierra algunas obras, raras por su antigüedad, muy preciosas para que los peritos estudien la historia del arte; pero de ningún modo para solaz de un profano como yo.—*Transeamus*, por consiguiente.

Escusado es decir que para ver todas estas cosas, fui y vine por las principales calles y plazas de la ciudad y pasé y repasé varias veces los tres puentes tendidos sobre el Arno.

En las calles no encontré mas que soledad y silencio, yerba entre el empedrado, muchas casas cerradas y algun ruinoso palacio de elegante arquitectura.

En las plazas vi algunos vendedores acampados con sus mercancías, muchos paseantes que tomaban el sol, y algunas fuentes y estatuas levantadas en otros siglos, y que, como los ancianos que han quedado sin familia, parecían no esperar ya sobre la tierra sino á que el tiempo las gastase.

En la *Piazza de' Cavalieri*, busqué inútilmente la *Torre del Hambre*, en que estuvo encerrado el *Conde Ugolino* con sus hijos y sus nietos.—Aquella torre, immortalizada por Dante, fue destruida en el siglo XVI; pero aun se muestra el lugar en que se alzaba, y aun pudo fingirse allí mi imaginación el lúgubre cuadro de la nefanda tragedia...

¿Quién no ha leído ó quién no ha oído celebrar aquellos sublimes tercetos del poeta florentino, en que hace referir al infortunado conde sus espantosas desventuras?—La poesía no ha ideado nada tan horrible como el momento en que Ugo-

lino oye clavar la puerta de su prisión, precisamente á la hora en que esperaba verla abrirse y dar paso á los carceleros con la comida para él y para sus hijos. El prisionero lo comprende todo... Se trata de hacerles morir de hambre... Entonces mira á su posteridad sin hablar una palabra:

*Ond'io guardai
nel viso a' mie' figliuoi senza far motto...*

El no lloraba... Lloraban ellos...

*Io non piangeva...
Piangevan essi...*

Pasaron días... Ugolino vió morir uno tras otro á sus cuatro descendientes... ¡Y aun esperó tres días mas, arrastrándose á tuestas sobre ellos y llamándolos por sus nombres!...

Poscia, piu' che 'l dolor poté 'l digiuno.
«Después... mas que el dolor, pudo el ayuno!»

¡Con esta horrible frase termina el conde su relación! En seguida vuelve á coger el *miserio cráneo* que roía cuando Dante se acercó á él, y le clava unos dientes

che furo all' osso, como d' un can, forti.

¡Ah! ya le habian dicho un día sus hijos, al verle morderse las manos y creyendo que lo hacia por hambre:

*.....Padre: assai ci fia men doglia
se tu mangi di noi: tu ne vestisti
queste misere carni, é tu le spoglia.*

«Padre: menos nos doleria que comieses de nosotros: tú nos vestiste estas miserables carnes: de ellas despójanos.»

Pero el conde no se mordía entonces las manos porque tuviese hambre, sino porque le ahogaba el dolor al mirar el rostro de sus hijos.—Callóse, pues, y callados pasaron aquel día y otro.

Quei di e l' altro stemmo tutti muti.

¡Después fue cuando el ayuno pudo mas que el dolor!—¡Espantoso martirio!...

Pero dejemos esto; que no estamos en el caso de traducir ahora todo el canto XXXIII del *Inferno*, ni tampoco nos seria posible omitir de él palabra alguna, á poco mas que recordásemos su feroz belleza.

Recitando las sentidas imprecaciones con que termina Dante este episodio de su poema, dirigí por último mis pasos á la *Piazza del Duomo*, situada en un extremo de la ciudad, lindando ya con el muro de circunvalación.

La soledad y la tristeza que reinan en toda Pisa, llegan á ser absolutas en aquel barrio. Ni los escasos rumores de la poblacion, ni su pobre comercio, ni los pocos carruajes que la cruzan llevando viajeros de un ferro-carril á otro, nada, en fin, alcanza á turbar la melancólica quietud de aquella plaza desierta en que se levantan, á la manera de gigantescos monumentos sepulcrales, las cuatro maravillas de Pisa, sus cuatro escudos de nobleza, sus cuatro títulos á la admiracion y al respeto de las ciudades que la han dominado y empobrecido; —la *Catedral*, el *Campanile*, el *Bautisterio* y el *Campo-Santo*.

La *Piazza del Duomo* es indudablemente una de las mas bellas del mundo. Roma y Venecia se envanecerian de ostentarla. Para la Pisa actual es demasiado hermosa.

A mí me ha recordado la *Piazzetta* de Venecia; me ha hecho adivinar la *Plaza del Duque* de Florencia, y me ha llevado á imaginar lo que serian el Foro Romano ó las Plazas de Atenas en que se veian espuestas al aire libre tantas y tantas maravillas de arte.

En el centro de la plaza se levanta la *Catedral*, erigida en accion de gracias á la Virgen María por la victoria que alcanzó la República sobre los agarenos en la isla de Sicilia. La construccion es de los siglos XI y XII.

La fachada, graciosa y bella, consiste en cinco órdenes de arcos, elevados unos sobre otros. Semejante edificacion, bizantina en su conjunto, greco-romana ya en sus pormenores, presta al grandioso templo una ligereza, una levedad, una elegancia aérea que recuerda el estilo veneciano. Tanta delgada columna, tanta hueca galería, la airosa cúpula, hasta las mismas combinaciones de mármoles blancos y negros, empleadas en Pisa con mayor acierto que en Génova, contribuyen á dar al *Duomo* aquella hermosura *esterna, material, física* que encontramos en la catedral de Milan.

Los centenares de columnitas blancas del templo de Pisa equivalen á los centenares de esculturas del templo milanés.

El interior de la catedral corresponde al exterior. Allí se ven cinco hermosas naves de la misma arquitectura medio bizantina, medio romana. En torno de ellas gira una galería alta, destinada á las mujeres, segun era costumbre en los primeros siglos de la iglesia. Hermosos altares, magistrales estatuas (algunas del inspirado *Juan de Bolonia*) y muchas pinturas de *Andrea del Sarto* adornan el recinto de aquel famoso templo, que sirvió de modelo durante muchos años á los mejores arquitectos de Italia.

Aislados tambien en la estensa plaza, levántanse á uno y otro lado de la catedral dos maravillosos edificios, que pudiéramos llamar accesorios ó *dependencias* de esta, —el *Bautisterio* y el *Campanile*, ó sea la capilla bautismal y el campanario.

El *Bautisterio*, rotonda preciosísima de afilegranado mármol, armoniosa combinacion de arcos romanos y de ogivas góticas, parece una de esas joyas labradas en plata y oro que se muestran bajo un fanal en el *tesoro* de algunas catedrales.

En su interior son de admirar la pila de mármol que sirve de Jordan á los pisanos, y un púlpito de *Nicolás de Pisa*, monumento y prodigio de la escultura de la Edad Media.

La alta bóveda de la cúpula del *Bautisterio* produce uno de los *ecos* mas notables que se conocen en el mundo. Cualquier sonido, por inarmónico y desapacible que sea, al llegar á aquella altura, se descompone en varios acentos melódicos, artísticamente acordados, formando un cántico celestial que se prolonga durante mucho tiempo, cual si lo fuesen repitiendo invisibles coros de ángeles.—Y si por ventura es una frase musical la que se lanza desde abajo, entonces el concierto aéreo (que parece formado de cien diferentes voces, unas graves, otras agudas, ora infantiles, ora profundas como la salmodia de austeros monjes, ya de apasionado timbre femenino, ya de viriles y vehementes vibraciones) se convierte en una verdadera sinfonía religiosa digna de los célebres órganos de las catedrales de Alemania.

Del *Bautisterio* fui al *Campo-Santo*, dejando el *Campanile* para lo último, por comprender que desde su alta plataforma habia de hacer el resumen de mis impresiones en Pisa.

El *Campo-Santo* se estiende al Norte de la plaza, presentando al exterior un severo muro de 400 á 500 pies de largo, sobre el cual ha trazado, pero no roto, el arquitecto una sucesion de arcos tan nobles y sencillos como exigia aquel lugar, consagrado á un mismo tiempo por la religion, por el arte y por la historia.

El *Campo-Santo* no es el cementerio general de Pisa. Es el asilo de gloria de sus grandes hombres. Dicho se está, por consiguiente, que tampoco es el cementerio actual de la poblacion. Lo era, cuando la poblacion encerraba genios y héroes.—Hoy es el panteon histórico de las pasadas grandezas de Pisa.

En el siglo XIII, cuando la poderosa república conoció que iba á morir, hizo, como si dijéramos, el inventario de sus glorias, el testamento de su poderio, y se levantó á si misma aquel inmenso mausoleo, aquel olimpo fúnebre, aquel sagrado recinto, enterrándose en él con sus riquezas á fin de que nunca la desconociese la posteridad.

Para ello, lo primero que hizo fué cubrir todo el lugar que habia de ocupar el *Campo-Santo*, con tierra traída exprofeso de Jerusalem por los cruzados, y en seguida llamó á uno de sus hijos mas ilustres, al célebre escultor y arquitecto *Juan de Pisa* (hijo de Nicolás, de quien ya hemos hablado), y le dijo: «Eleva un templo á tu gloria y á la de tu patria.»

El templo levantado por Juan de Pisa es un rectángulo de la longitud indicada, y de 104 pies de anchura. El interior se reduce á melancólico patio, en torno del cual corren cuatro hermosas galerías formadas por una sucesion de arcos ojivales abiertos á la luz. Los muros opuestos á los arcos son famosos en todo el mundo por las magistrales pinturas al fresco que las visten. Al pie de ellas se encuentran las largas series de sepulcros, inscripciones, trofeos, estatuas y demás monumentos de todo género, con que Pisa ha dado vivos testimo-